

# CUADERNOS DE HISTORIA 11

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 1991

---



## LAS SOCIEDADES CAMPESINAS. UN RETRATO DE CAMBIOS Y PERMANENCIAS A TRAVÉS DE LA LITERATURA CRIOLLISTA CHILENA, 1920-1950 \*

*Lorena Loyola Goich*

Departamento de Ciencias Históricas  
Universidad de Chile

### INTRODUCCION

**E**l presente trabajo ha seleccionado algunos elementos que caracterizarían a las sociedades tradicionales chilenas, mediante el análisis de sus signos y símbolos representados en la literatura criolla.

Hemos elegido la narrativa como fuente de información y motivación, en tanto propone posibilidades de comprensión de la realidad a través de la recreación de espacios y experiencias cotidianas. En efecto, como expresión literaria evoca y otorga vigencia antropológica a diversos tipos de culturas con sus nociones de magia y razón, sentimiento e ideología, intuición y ciencia, tradición y cambio. De este modo, podemos encontrar en la novela una infinidad de proposiciones de «pequeños mundos» extraídos de la vida real, así como la multiplicación de discursos significantes de tipos humanos distintos. La reconstrucción del relato en la imaginación revive entonces hechos y personajes casi olvidados, lejanos a nuestra conciencia y memoria, a la vez que proporciona nuevas ventanas de acceso a aconteceres y fenómenos multidimensionales en lo atingente al ser humano y su entorno.

\* El trabajo que se presenta fue el informe final correspondiente al Seminario de Magister "Elementos de Antropología Cultural" dirigido por don Osvaldo Silva Galdames.

La obra literaria se constituye en objeto de interés para el estudio del hombre, porque «dibuja» y «colorea» las relaciones subjetivas entre el paisaje y el actor y sus sentidos, por cuanto llama a una forma de diálogo que entrega ángulos objetivizados de la existencia física, emotiva y material del hombre. Todo ello en medio del resquebrajamiento de una concepción de espacios y tiempo lineales, bajo niveles de conciencia diferentes en que se acoge una sociedad caracterizando aspectos reales y componentes imaginados o ficticios, reflejos éstos últimos, a menudo, de interrogantes y conflictos no resueltos, quizás si de la mayor trascendencia. Recordemos las palabras de Gabriel García Márquez:

Me di cuenta de que la realidad es también los mitos de la gente, es las creencias, es sus leyendas, que no nacen de la nada, son creadas por la gente, son su historia, son su vida cotidiana, e intervienen en sus triunfos y sus fracasos...<sup>1</sup>.

Además, hemos querido descubrir en el discurso narrativo, la estabilidad y continuidad del pasado campesino chileno, inmerso de lleno en una época de cambios y transformaciones que vinieron a agregar nuevos patrones culturales. Más que eso, visualizamos a las comunidades tradicionales no sólo como meros conjuntos de referencia romántica o simbólica, sino que como modalidades del ser, hacer y proponer, de concebir el mundo y la vida, de conocimientos y tecnologías. Pero, teniendo en cuenta también, su calidad de sectores fragmentados y relacionados asimétricamente con la sociedad nacional, como partes de un contexto de mayor amplitud.

Como sabemos, Chile, en la primera mitad del siglo XX y desde antes, pasaba por un proceso de crecimiento acelerado de la industrialización y urbanización. El porcentaje de la población urbana, con respecto del total de la población, aumentaba paulatinamente, mientras que la rural se reducía por la fuga de mano de obra y la concentración demográfica en las principales ciudades<sup>2</sup>. Tal vez la nota más llamativa era la penetración progresiva en el campo, de los modelos culturales propios de la vida de la ciudad. En ello tuvieron gran influencia los movimientos migratorios, llevando nuevas experiencias que contrastaban con el ámbito campesino tradicional: mecanización de las faenas agrícolas, nuevos cultivos e industrialización de otros, especialización, modernización de las estructuras internas, uso de la moneda, auge de las comunicaciones y del transporte carretero<sup>3</sup>. Pensemos, sólo a modo de ejemplo, en las

<sup>1</sup> Herzam Mejía Estrada. «Rasgos de la Cultura Latinoamericana», en *Universitas*, vol. V, N° 4. Stuttgart, 1968, p. 21.

<sup>2</sup> Gonzalo Izquierdo. *Historia de Chile*, Tomo III, Editorial Andres Bello, Santiago, 1990, pp. 141 y 144.

<sup>3</sup> Sergio Villalobos. *Historia de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1974, p. 805.

implicancias psicológicas, económicas y sociales de la apertura de caminos, de la radio, del desaparecimiento de las pulperías, de la demarcación de las tierras o de la proliferación del inquilinaje y otras formas de tenencia rural<sup>4</sup>.

Dentro de este panorama de transición, de contacto, estableceremos algunos de los contenidos que subsistieron en la mentalidad de la sociedad rural mestiza chilena, tanto en sus componentes de ascendencia indígena como hispana. En este intento entenderemos a las agrupaciones campesinas, en términos generales, como

caseríos cuyas dimensiones no sobrepasan habitualmente las 100 personas (máximo 200), y cuyas familias son relativamente vecinas, aunque un poco dispersas. No se nota una diferenciación por clases y las estructuras de ayuda mutua son importantes. Existe, por lo general, una relación consanguínea entre la mayor parte de las familias. El centro de la comunidad puede limitarse al almacén, pero en una vereda muy clásica hay una iglesia y, a veces, una escuela<sup>5</sup>.

Al mismo tiempo, seguiremos, si bien con cautela, la búsqueda de las condiciones que definen el tipo ideal de una sociedad folk (pueblo de vida tradicional), es decir, la homogeneidad de clase, el sentido de solidaridad de grupo, las relaciones determinadas según categorías de status personal y esencialmente familiares, el sentimiento de parentesco como factor de cohesión, la economía basada en la complementariedad y el esfuerzo solidario y recíproco y la comprensión de una moral compartida<sup>6</sup>.

## 1. El Aislamiento

Un ingrediente esencial de las sociedades simples es su nexo orgánico con la ciudad. Los campesinos son segmentos de clase de una población mayor

<sup>4</sup> Con respecto a este último punto, en cuanto a los orígenes, desarrollo y consecuencias de distinto orden que trae aparejado el inquilinaje como institución tenencial, véase la obra clásica de Mario Góngora, *Origen de los «inquilinos» de Chile Central*, Editorial Universitaria, Santiago, 1960. Mientras que para la problemática agraria del siglo XX, puede consultarse a José Garrido (ed.), Cristián Guerrero y María Soledad Valdés, *Historia de la Reforma Agraria en Chile*, Editorial Universitaria, Chile, 1990.

<sup>5</sup> Richard P. Schaedel. *Etude comparative des sociétés paysannes d'Amérique Latine*, N° 59 Offprint Series Institute of Latin American Studies, University of Texas at Austin, Texas, 1966, p. 9. La descripción coincide tanto para el caso chileno como peruano. La traducción es nuestra.

<sup>6</sup> Estas son según Robert Redfield, *El Mundo Primitivo y sus transformaciones*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963, pp. 22-29, las características que definirían una sociedad folk o comunidad pre-civilizada.

relacionada con los centros urbanos: constituyen sociedades parciales con culturas parciales, es decir, no son unidades culturales autónomas y, pocas veces, como sucede en algunos casos con el campesinado indígena, llegan a ser verdaderamente autosuficientes. Así, las comunidades rurales incorporan continuamente en sus estructuras partes significativas de los componentes de la vida citadina con la que tienen contacto, elementos que representan formas materiales y espirituales que son reelaboradas, simplificadas y adaptadas, de modo que puedan acomodarse al patrón menos complejo de la aldea<sup>7</sup>.

Pero este proceso es lento, sobretodo cuando existen barreras de aislamiento, en mayor o menor grado, que hacen que cada grupo se encuentre contenido en sí mismo, abstraído en su propia intimidad.

La novela criolla destaca rasgos de incomunicación y exclusión física de un entorno geográfico más amplio, en especial en aquellos lugares ubicados al sur de nuestro país, donde

la selva, virgen intocada, entre cuyo misterio solía oírse a ratos el gemido de una trutruca indígena era una masa compacta...<sup>8</sup>.

La colonización del área de frontera indudablemente que significó una penetración difícil, en el logro de la integración tanto espacial como humana. Situación de desajuste psicológico y emocional que provocó un choque entre grupos desconocidos, en razón de sus acciones y reacciones:

- Naide tiene permiso pa voltiar palos en las hijuelas ajenas. El indio parece no oírlo. Su brazo, armado del hacha, hiere implacablemente al roble. Y Chilo enloquece de furor...<sup>9</sup>.

En realidad el indio sí oye, sin embargo no entiende categorías y signos que le son ajenos, que no alcanza a reconocer como propios. Los códigos lingüísticos y significantes se tornan, por tanto, ininteligibles para el que emite el mensaje como para el receptor de éste.

No sólo la distancia concurre en esta situación de retraimiento. También se reconoce como un sentimiento interno de la estructura pueblerina:

<sup>7</sup> George Foster. *Tzintzuntzan*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, pp. 13 y 18. Una opinión similar tiene Leonel Durán, «Las culturas indígenas de México y su proceso de cambio e identidad», en *Indianismo e Indigenismo en América*, José Alcina Franch (compilador), Alianza Editorial, Madrid, 1990, p. 237, al desestimar las situaciones de aislamiento en compartimentos estancos, visualizando, por el contrario, una interacción dinámica de los diversos grupos étnicos en todo sentido con la sociedad nacional.

<sup>8</sup> Luis Durand. *Frontera*, Editorial Nascimento, Santiago, 1949, p. 241.

<sup>9</sup> Mariano Latorre. *Mapu*, Editorial Orbe, Santiago, 1958, p. 83.

Las sombras iban amalgamándose por sobre las techumbres. Luego descendían circularmente y el pueblo quedaba encerrado, sin ninguna conexión con el mundo. Durante un rato nos rodeaba el vacío...Alhué, debo reconocerlo, era un pueblo con individualidad...<sup>10</sup>.

En efecto, el acceso e intercambio disminuído, limitado por la falta de caminos y transportes, suscita una sensación de encierro, de separatividad con un mundo externo que casi no se conoce. Aunque, por otro lado, confiere una intimidad en que todos se reconocen y se identifican en sus costumbres, en que hay un «esfuerzo común, para hacerse un modo de vida en circunstancias relativamente estables»<sup>11</sup>.

De esta compenetración, de las relaciones intensas donde no existe el anonimato, parece emanar el recelo hacia el extraño, hacia el «otro», la inseguridad y expectación frente a aquel que no se registra dentro del círculo inmediato, pero que se sabe próximo a él:

A la hora del tren se abrían todas las puertas y unas cuantas personas salían con rumbo a la estación...Para el pueblo de Alhué, los hombres del tren formaban la humanidad desconocida, pero latente...<sup>12</sup>.

Cuando el visitante por fin arriba a la villa,

a las bocas de sus casas se asoman los habitantes para reconocer a los viajeros, recibir a unos o cuchichear sobre los que siguen a la vivienda vecina<sup>13</sup>.

¿Quién no ha percibido, en un pueblo pequeño, esa mirada de sospecha y desasosiego de sus pobladores, ese atisbo de reojo tras la ventana, velado por la incertidumbre y la curiosidad?. Además, el forastero que trae nuevas ideas y una comprensión diferente de los fines perseguidos comunitariamente, suele provocar desconfianza entre aquellos en que la tradición ha determinado lo que

<sup>10</sup> González Vera. *Alhué*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1928, pp. 22 y 105.

<sup>11</sup> Robert Redfield. *op. cit.*, p. 27. Gonzalo Aguirre Beltrán, *Cuijla*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958, hace un hermoso esbozo etnográfico de un pueblo negro mexicano, pequeña comunidad que mantenía muy pocos contactos con la civilización occidental, conservando relativamente puras sus costumbres y tradiciones tal como existieron hace más de 300 años.

<sup>12</sup> González Vera. *op. cit.*, 1928, p. 75.

<sup>13</sup> Aída Otaiza de Estrada. *Alhué*, Imprenta y Litografía Universo, Santiago, 1944, pp. 17-18.

se puede esperar de una economía básicamente agrícola: si alguien prospera, sólo puede ser a expensas de los demás aldeanos<sup>14</sup>. Así es como,

con respecto al comerciante, las más de las veces extranjero, el pueblo no se pronuncia. Lo ve enriquecerse y sospecha ¡es muy receloso! que es a costa suya...<sup>15</sup>.

Es que la comunidad campesina todavía mira hacia adentro, los lazos que la constituyen y que reconoce son todavía personales y familiares, por eso intuye, siente y teme al cambio. Sin embargo, el rompimiento lento y paulatino de su «destierro» a través del intercambio y comunicación establecida con sociedades más complejas, repercutirá en una aceptación institucionalizada de los extraños, quienes dejarán de ser los «enemigos» para adquirir un rol funcional y complementario que los hará partícipes, de una u otra forma, de la existencia rural.

## 2. El Mestizaje

La sociedad chilena es y ha sido esencialmente mestiza. No en vano emerge de la descripción una población brotada de cruces de razas donde intervienen indios, españoles, negros y colonos extranjeros. El conjunto destaca un genuino producto fronterizo, resultado del pase y la integración cultural, un mosaico de colores en que, por ejemplo,

hay indias de ojos azules. La mezcla se efectúa a través de peones vagabundos, extranjeros amantes del folklore y hacendados incontinentes. Los mapuches se incorporan con rapidez...<sup>16</sup>.

Junto con la penetración y avance de los caminos, el hombre de principios de este siglo termina por conquistar su capacidad de movilizarse de un lado para otro. A cada paso, la mezcla de sangre desfigura un grupo étnico para incorporarlo al orden dominante. Así, una nueva fisonomía comienza a configurarse y transplantarse, donde

ruca y rancho se confundieron y no es raro, en el aislamiento de la vida, que el hijo de un mapuche luzca claros ojos y el de un chileno se agudice en pómulos de bronce...<sup>17</sup>;

<sup>14</sup> George Foster. *Las Culturas Traicionales y los cambios técnicos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964, p. 58.

<sup>15</sup> González Vera. *Cuando era Muchacho*, Editorial Nascimento, Santiago, 1951, p. 28.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 269.

<sup>17</sup> Mariano Latorre. *op. cit.*, 1958, p. 17.

Cada vez con más frecuencia y menos novedad, pudo verse que

eran incontables los güeñicos que crecían por los contornos de las casas, en cuyas venas circulaba la ardiente sangre del mestizo...<sup>18</sup>.

Resultaría interminable resaltar las consecuencias históricas que se derivan del mestizaje<sup>19</sup>, bástenos con aludir a la gran dinámica cultural que se originó como resultado del enlace racial.

Dentro de este proceso de interacción, un elemento de suma importancia es el lenguaje. Es que con la fusión de códigos y significaciones se reorientan las lógicas culturales internas de los grupos étnicos en cuestión. De esta manera, surgen nuevas claves que facilitan las relaciones personales a través de categorías e imágenes que van adquiriendo un sentido activo, donde pensamiento, sentimiento y deseo se reflejan coincidentemente.

El lenguaje literario alcanza a mostrar en toda su magnitud, una sociedad híbrida que modela su forma de expresarse, que se llena de aglutinaciones, acorde a la unión cultural que representa. Surge, entonces, el relato pintoresco, frases alimentadas de modismos populares, de apodos y del dicho agudo hecho refrán. No podemos evitar la tentación de enumerar algunos que son parte de nuestra herencia:

¡Bueno es el cilantro, pero no tanto!; A la tierra que fueres haz lo que vieres; ¡Que Dios nos libre de vientos colados, de pastel fiambre y roto acaballerado!<sup>20</sup>.

Este último aforismo nos muestra, de un modo singular, cómo ha influido el contacto en el campesino indígena quien, por múltiples razones, trata de aparentar lo que no es, de parecerse al afuerino, de imitarlo en sus modales y vestimenta. En tanto el huaso, que desde el siglo XVII había ido adaptando su vida a las necesidades del medio, tomando elementos españoles, indígenas y de las artesanías locales, formando algo así como una clase

<sup>18</sup> Luis Durand. *op. cit.*, 1949, p. 24.

<sup>19</sup> La problemática del mestizaje ha sido más recientemente tratada por Osvaldo Silva Galdames: «Aproximaciones al estudio del mestizaje en Chile entre los siglos XVI y XVII», en Sonia Pinto V. (editora), *Familia, Matrimonio y Mestizaje en Chile Colonial*, Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile, Serie Nuevo Mundo: Cinco Siglos, N° 4, Santiago, 1990, pp. 13-31.

<sup>20</sup> Luis Durand. *op. cit.*, 1949, pp. 113, 151 y 298. Un abundante número de imágenes lingüísticas que aportan en la configuración de una mentalidad campesina pueden verse en Aída Otaíza de Estrada, *op. cit.*, pp. 44-79.

<sup>21</sup> Rolando Mellafe. «Apuntes sobre el origen de la sociedad chilena», en *Anales del Instituto Chile 1986*, Editorial Universitaria, Santiago, 1986, p. 65

media o media alta rural por su especialización, el costo de su atuendo y, muy especialmente, del caballo<sup>21</sup>, ya en el período que hablamos había adquirido su identidad propia y particular, su rasgo distintivo. Más aún, es ahora él quien pasa a ser emulado por el estanciero, por el campesino pobre, por labradores, gañanes e indios, en el uso de sus costumbres y vestuario<sup>22</sup>.

En consecuencia, la mestización de las poblaciones introdujo un valor de imagen y de aproximación de las relaciones interétnicas, de manera que las formas de estratificación pasarían a ser más importantes que el sistema racial<sup>23</sup>.

### 3. La Relación Hombre-Naturaleza

Un fundamento central que separa a la civilización urbana de la estructura rural, es la concepción de la naturaleza y de las relaciones que establece con ella el hombre en sociedad. Mientras que para la primera es el enemigo a vencer, a someter, para conocer y desentrañar su orden en pos de alterarlo, para ésta la realización plena consiste en ajustarse armónicamente a su equilibrio universal; porque el hombre es naturaleza, convive, existe en ella como uno de sus momentos y, a la vez, indisolublemente.

El hombre de campo ha «dominado» y ha sido «dominado» por el paisaje en que habita, fuerza elemental que lo sugestióna poderosamente y lo hace moverse por sordos instintos:

El camino lo lleva solo. En un cerrito p'al sur, tá el rancho. Por más señas, hay un trugal en la falda..<sup>24</sup>.

Es que los caracteres se identifican con el medio en que viven, el cual a menudo exige al hombre que lo subyuge con su esfuerzo. De este modo sucedía entre los pehuenches cuando

toda la chiquillería del coloso, en la puerta del rancho, entonaba en coro su jaculatoria pedigüeña, cuando alguna bandada pasaba en las cercanías. -¡Cachañita, cachañita, treme un piñoncito!...<sup>25</sup>.

El entorno físico no absorbe al hombre, no lo oculta ni lo disminuye, sino que lo integra armoniosa y activamente, complementando a ambos en un

<sup>22</sup> René León Echaiz. *Interpretación Histórica del Huaso Chileno*, Editorial Francisco de Aguirre, Argentina, 1971, p. 76

<sup>23</sup> Claudio Esteva-Fabregat. «Indígenas, memorias étnicas y sociedades abiertas», en José Alcina Franch (compilador), *Indianismo e Indigenismo...*, ya citado, pp. 109-110.

<sup>24</sup> Mariano Latorre. *op. cit.*, 1958, p. 180.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 92.



mismo plano. El campesino se aviene con la naturaleza, se hace parte de ella, la siente y la adivina bajo sus cinco sentidos, es la semilla que acompaña su cosmovisión inmanente, es la que le otorga un sentido claro de pertenencia:

Como un largo calofrío pasó por el campo una bocanada de aire cordillerano. Parece que tuviera ganas de llover, hermano<sup>26</sup>.

Es, finalmente, la que objetiviza las relaciones de los que la habitan, de los que sirven en un mundo mixto. La tierra liga a los hombres por medio de un destino común, de lucha y rebeldía frente a lo adverso, de un eterno juego de sobrevivencia:

Y observé que el cuatrero y el terrateniente estaban más unidos de lo que yo pensaba en esta tierra en formación. Prósperos o en desgracia, eran pobladores de un mundo nuevo, y amigos en el fondo...<sup>27</sup>.

#### 4. La Concepción del Tiempo

En las sociedades tradicionales es usual que la noción del tiempo se vincule estrechamente con la naturaleza. Es que las poblaciones rurales frecuentemente han regido sus vidas de acuerdo a la sucesión del día y de la noche, según los estados climáticos o la ordenación de las labores agrícolas, incluso por los cambios astrológicos. Así sucedía en la comunidad de Huillinco en Chiloé, donde

se trabajaba y viajaba con cuantas horas de noche, se guiaban con el canto del gallo y el lucero... El horario de trabajo era de sol a sol y de luz a luz... la hora se guiaba por el sol y las doce del día las daba el grito de un pajarito llamado «memorioso» y de las doce de la noche el que indicaba la hora era el canto de gallo, cantando a cada hora...<sup>28</sup>.

Un poco más al norte era lo mismo:

<sup>26</sup> Ibid., p. 95.

<sup>27</sup> Mariano Latorre. *Viento de Mallines*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1944, p. 96.

<sup>28</sup> *Cuaderno de la Historia de Huillinco elaborado por la Comunidad*, Imprenta del Obispado de Ancud, Chiloé, 1988, pp. 28, 247, 266 y 267.

-Ya salió el lucero -Ulloa-. Ha de faltar poco pa que amanezca. ¿Sentiste cómo cantó un potrillo?. Esos son más madrugadores que los gallos. Vamos a llegar a rayando el sol a Purén...<sup>29</sup>.

Y el dicho infaltable, que

cuando el sol se dentra, el pión se sienta<sup>30</sup>.

En el fondo el tiempo no tiene, para estas comunidades, un valor por sí solo, sino que está cargado de un efecto de causalidad que produce conflictos y angustias. De este modo, se enfrenta el acontecer en términos de la vida y la muerte, de las dos crisis vitales en la vida del hombre. Así es como se percibe que

en los pueblos las mujeres tardan más en morir. Hay, es natural, viejos, pero por cada uno existen diez del sexo complementario. Rara es la casa sin abuela...<sup>31</sup>.

El peso psicológico que provoca la percepción del transcurso del tiempo comúnmente tiende a la simple negación de él. No significa, empero, una disposición anti-metrológica del tiempo cotidiano, por el contrario, es más que nada un rechazo al reconocimiento del valor causal de éste:

En Alhué nadie tenía idea del porvenir. Los días no traían angustias, pero tampoco eran portadores de mensajes alegres. Llegaban y se extinguían sin ningún suceso. Y los meses, por su índole más abstracta y arbitraria, se hubiese creído que transcurrían de noche. Frecuentemente, cuando un sujeto necesitaba escribir alguna carta, podía oírse esta pregunta: ¿Todavía estamos en tal año?. La existencia era tediosa. Los muchachos después de prolongada infancia, convertíanse en hombres y un día cualquiera ya eran viejos. Los viejos, ya lo eran veinte años atrás...<sup>32</sup>.

En general, el campesino vive al día y a pocos pasos de su pasado, traza su senda en forma lenta y pausada, en contraste con la «agilidad» y rapidez que personifica a las ciudades. El futuro, lo que no ha acontecido o lo que está por venir, no existe porque no se advierte su contenido distinto. En un

<sup>29</sup> Luis Durand. *Tierra de Pellines*, Editorial Nascimento, Santiago, 1945, p. 31.

<sup>30</sup> Mariano Latorre. *op. cit.*, 1958, p. 90.

<sup>31</sup> González Vera. *op. cit.*, 1951, p. 25.

<sup>32</sup> González Vera. *op. cit.*, 1928, pp. 16-17.

mundo cerrado no se espera el cambio, hay un solo destino, el de los padres, los abuelos y otros ancestros. Por lo consiguiente, el tiempo rural adquiere un aire de fatalismo e inercia, de un anti-movimiento que delinea una mentalidad especial, de acuerdo a las exigencias que imponen determinados modelos de vida.

## 5. La Fatalidad y la Inercia

El fatalismo está fuertemente vinculado con las fuerzas de la tradición en las colectividades no industriales. En verdad, es poco lo que pueden productivamente explotar a la naturaleza para llegar a alterar las condiciones sociales existentes<sup>33</sup>. La relación inversión y rendimiento de energía per cápita es negativa -gastan más de la que recuperan-, por tanto, no se genera excedente calórico. Se trata pues, de sociedades con sub-producción, es decir, aquellas en que, por desconocimiento tecnológico, no son capaces de aprovechar optimamente los recursos disponibles. De aquí que se pueda deducir el sistema social e ideológico que las configura.

En estas comunidades, la gente se rige por el sino del destino, por voluntades impositivas ante las que se hace pocas ilusiones de mejorar. Dicha actitud acarrea al individuo una óptica de aparente desesperanza, de inmovilidad. Comienza ésta a manifestarse en la interrelación más primaria, la que resulta de los designios naturales. Su incapacidad de aplacarlos, de trascender sus barreras adversas, sólo vienen a promover el desincentivo y desgano vital: el «acontecer infausto» domina sus cuerpos y sus almas. Así ocurre, por ejemplo, cuando se enfrentan catástrofes naturales o epidemias, en general, cuando se presiente la cercanía de la muerte, de lo irrefutable<sup>34</sup>. Un terremoto puede ser el más categórico de esos momentos:

<sup>33</sup> George Foster. *op. cit.*, 1964, p. 69.

<sup>34</sup> Una buena propuesta para adentrarse en el estudio del tema, véase en Rolando Mellafe, «El acontecer infausto en el carácter chileno: una proposición de historia de las mentalidades», en *Historia Social de Chile y América*, Editorial Universitaria, Santiago, 1986, pp. 279-288. Hemos confeccionado un catastro general (Proyecto Fondecyt N° 1032, bajo la dirección del profesor Mellafe), que da cuenta de los acontecimientos desastrosos de nuestro pasado y que confirma una historia de Chile repleta de hechos no felices. Como muestra, sólo en un lapso de 58 años, de 1854 a 1912, hubo a lo menos 42 años de epidemias constantes, 22 de inundaciones, 21 de sequías, 18 de escasez de alimentos y crisis agrícolas, 16 de plagas y 5 terremotos que afectaron a todo el país. Ante este panorama, podemos imaginarnos un tipo de mentalidad que debe de orientar de alguna forma las angustias colectivas. Uno de estos mecanismos bien puede ser la percepción de una «ley natural» invencible e irresistible, frente a la cual solo cabe resignarse, y éste, sin duda, es un proceso síquico de larga duración en el tiempo.

Sus rostros expresaban el más tremendo desvalimiento... Quieren morir ahí si el designio del Señor es que mueran... Cada familia retornó... sin perjuicio de reunirse en la noche a rezar con pasión, buscando el efluvio divino, para vivir más santamente y evitar en lo porvenir tantas zozobras...<sup>35</sup>.

El mundo físico que ha sido desarticulado, remece y vuelve a ordenar las ataduras místicas:

comprendieron que la muerte latía en cada minuto y experimentaron cierta vergüenza por sus vidas y su despreocupación... Se nubló un poco la alegría de vivir porque cualquier acto que se realizaba era un acto postrero...<sup>36</sup>.

Así la población campesina vive sus conflictos sin percatarse de las razones que los impulsan, no se sorprenden, antes los aceptan como hechos ineludibles hacia un fin inconsecuente que no admite ni siquiera la posibilidad de evasión. De este modo,

dentro de su sistema la perfecta salud y la muerte natural son hechos de la misma naturaleza que los milagros. La gente nacía para enfermarse y sufrir... Veían en este acontecimiento la voluntad de Dios y se conformaban...<sup>37</sup>.

Todo esto se conecta con una actitud conservadora, pues ¿porqué buscar lo nuevo y desusado, característicamente desconocido y por ende peligroso, si el destino se encuentra ya trazado por fuerzas superiores?. A su vez, ello viene a redundar en la desesperanza y el conformismo anquilosado, en que

no hay en estos hombres fe en el porvenir. Ni siquiera la aspiración de ser propietarios... Y si llega el caso dirán humorísticamente: «Teniendo p'al chupe y p'al dormidero, échale p'atrás, no más, machero»...<sup>38</sup>.

Una parte de esta conducta podría explicarse debido a que las expresiones más valiosas de lo «bueno», tales como la salud, los bienes materiales o la amistad, existirían en cantidad finita y constante<sup>39</sup>. Naturalmente, esto lleva a

<sup>35</sup> González Vera. *op. cit.*, 1951, p. 49.

<sup>36</sup> González Vera. *op. cit.*, 1928, p. 40.

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 51-52.

<sup>38</sup> Mariano Latorre. *op. cit.*, 1944, p. 146.

<sup>39</sup> George Foster. *op. cit.*, 1972, p. 21.

un tipo de equilibrio, a un statu quo que no convierte pero que tampoco revierte el orden.

En los pueblos, lo que nace con color se descolora. Y no surge ningún impulso porque existe modelo para todos los actos...<sup>40</sup>.

Asiste, entonces, una sensación de inercia, como si el tiempo estuviese detenido y la dinámica del cambio, frenada. Quizás si tan solo sea un ritmo más lento y la nuestra sea una percepción sesgada por una mentalidad que no registra más que la «puesta siempre en marcha» de nuevos acontecimientos, que no distingue la continuidad de los hechos y la particular importancia asignada a ello. A lo mejor, el sentimiento de seguridad dentro de una estabilidad imaginada, deseada o impuesta por los propios modos de vida:

Durante las sequías aumentaba el sopor. La vida era una siesta continuada. Los comerciantes momificábanse en sus sillones y los artesanos se tornaban idiotas. La gente joven partía entonces a la ciudad...<sup>41</sup>.

## 6. El Sistema de Creencias

Uno de los temas más recurrentes en la descripción narrativa es el de las creencias mágico-religiosas, la supervivencia de rasgos no materiales de la cultura en la forma de supersticiones, leyendas, curandería, ánimas y espíritus. Ello se enlaza con un ambiente propicio a dar cabida a principios sobrenaturales, a reflejar un complemento de lo real, a favorecer la existencia de un mundo visible y otro intangible donde «fenómenos como el sueño, la sombra y el trance sólo tienen explicación a través de la obra de los espíritus»<sup>42</sup>. El relato nos recrea una y otra vez este tipo de entorno:

La primera noche que pasaron en las casas del fundo tuvo un mágico atractivo para los visitantes. Toda la casa olía a maderas nuevas. Entre ellas cantaban los grillos, mientras afuera susurraba el viento su canción y su plañir. A ratos, un estruendo conmovía la

<sup>40</sup> González Vera. *op. cit.*, 1928, p. 16.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>42</sup> Osvaldo Silva. «Sistemas de creencias mágico religiosas en la América pre-hispana», en *Teología y Vida*, vol. XXXII, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1991, p. 23.

selva, agitada por ráfagas de viento huracanado. Luego, se quedaba todo en un silencio impresionante, lleno del misterio de la noche. Bramaban lejanamente los vacunos, y el aullido de un perro ponía después una medrosa nota de soledad y angustia...<sup>43</sup>.

Lo incognoscible e intangible aparece tan sujeto a manipulación como el mundo material que los rodea. El curandero es el llamado a velar por el bienestar colectivo, el que posee la capacidad de comunicarse y entender a los espíritus averiguando la etiología de las enfermedades y la forma de sanarlas, como vemos a continuación:

Ta malasa la cosa oña Jecho. Este es daño el que tiene la niña. Ta a la vista: es mal impuesto... Eso que ice ella que li anda, son cadejos de pelo que se li han formao con el daño aentro del cuerpo... Por primera, tiene que hacerse unas friegas a onde siente las dolencias, pa insolver el bulto que si le ha formao. Las fletaciones deben precipiari al primer canto del gallo, porque esa es la hora qu'el daño se apodera en el cuerpo del cristiano. Las friegas han de ser en cruz, y hay que rezar una salve para que el malo no si allegue a malograr la contra. Por cada vez que cante el gallo tiene que estar viva el ojo pa contestar redoblando: «ándate daño, y no volvai ni en un año; ni en dos; ni en cuatro años»... Antes de precipiari las fletaciones se dispparramará un litro de leche en cada esquina de la casa, por ai se quiere aposentar otra vez el mal, que muchas veces se mete en cuenta de sabandija, y lo echa con la baba apenas el enfermo se quea dormío... Aquí está el ungüento, preparaíto con toos los mistos. Tiene que tenélo guardao en una olla de grea tapá con unas ramitas de palqui, porque el palqui es bendito. Asi va a quear lista pa cuando venga a dale el gomitivo. Me tendrá una braserá grande de juego pa quemar al tiritó lo que bote...<sup>44</sup>.

Observamos como se produce una sobreposición de influencias mágico-religiosas, donde las prácticas racionales enlazan inextricablemente con evangelios, conjuros y exorcismos<sup>45</sup>, dando lugar a una cultura mucho más heterogénea y a una nueva forma de organización, sincretismo surgido de la mezcla de nociones culturales que se han interrelacionado.

<sup>43</sup> Luis Durand. *op. cit.*, 1949, p. 237.

<sup>44</sup> Luis Durand. *op. cit.*, 1945, pp. 103-104.

<sup>45</sup> Tremendamente sugerente a este respecto es la perspectiva socio-antropológica que entrega Gonzalo Aguirre Beltrán, *Medicina y Magia*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1963.

Las acciones positivas para manejar los poderes caprichosos e impredecibles, contra los que el hombre no posee defensas seguras, son parte de todo un ritual fantástico que atemoriza y envuelve al campesino. Convive con fuerzas extrañas pero a la vez propias, las siente cerca y, al mismo tiempo, más allá de su influencia, se insertan en su mundo y juntamente se salen de él:

A mí lo que me causó admiración y miedo... fue la otra noche, cuando la machi comenzó a retorcerse y a gritar. Creí que se iba a morir. Traspiraba como si estuviera a punto de lanzar el estómago por la boca, hasta que de repente vomitó un sapo que tiró en el medio de las brasas. Y después se quedó gimiendo toda la noche...<sup>46</sup>.

Aparecen las brujerías y el diablo, entidad que se apropia del alma humana para ejercer sus propósitos maléficos:

- Icen qu'el malo le sali a uno según como se haiga portao en el día...<sup>47</sup>.

Su cometido se aprecia con los efectos del daño:

- Eso que tiene on Juan, es calentura, no más. Es cosa di'ojeo... El malo andaré metió, digo yo...<sup>48</sup>.

El «malo» o demonio, antagónico sobrenatural del hombre y las fuerzas del bien, se engrana dentro de una diversidad complementaria que constituye el todo permanente. Los opuestos llegan, entonces, a reforzar mutuamente su existencia<sup>49</sup>.

Otra creencia frecuente es aquella que dice relación con los espíritus o ánimas, seres en pena, eternamente deambulantes ya que, por una u otra razón, no han tenido una muerte pacífica. Se cuenta que en Alhué

apenas sonaban las ocho de la noche cada uno ganaba su lecho. Y las ánimas abandonaban el suyo para entregarse a movimientos e inquietudes de sentido impenetrable...<sup>50</sup>.

<sup>46</sup> Luis Durand. *op. cit.*, 1949, p. 182-183.

<sup>47</sup> Luis Durand. *op. cit.*, 1945, p. 112.

<sup>48</sup> Mariano Latorre. *op. cit.*, 1944, p. 174.

<sup>49</sup> Osvaldo Silva. *op. cit.*, 1991, p. 22.

<sup>50</sup> González Vera. *op. cit.*, 1928, p. 61.

Sin embargo, su eterno «purgar» hacia el mundo de los vivos, favorece el establecimiento de canales de comunicación prodigiosos, acorta la distancia e imprime cercanía con el espacio metafísico y divino, unidos ambos:

Le voy a rogar a mis ánimas y a la Santísima Virgen, estoy segura de que nos sacará otra vez de apuros... mis ánimas no me han abandonado, a Dios gracias...<sup>51</sup>.

Podemos concluir que la posición periférica de los campesinos como su herencia cultural y étnica, dan origen a una mentalidad que dicotomiza sus universos entre lo natural y lo sobrenatural, para luego sintetizarlo en un solo cuerpo de convicciones y supersticiones acerca del ámbito en que vive inserto. Todo hombre crea, bajo un imperativo vital, una «fantasía» que se oponga a su realidad inmediata, a lo apreciable por sus sentidos, y muchas veces relaciona intensamente los principios de lo real con aquello que deja de serlo.

## 7. La Reciprocidad y La Solidaridad

Las sociedades campesinas también reflejan el intercambio recíproco en sus formas de relacionarse. En la continuidad de los nexos establecidos, han utilizado la reciprocidad como modo de vincularse entre ellos, como manera de tener que ver el uno con el otro, de participar de sus penas y alegrías. Por esta razón es que

cuando moría alguien todos ayudaban... se llevaban cosas: de comer, velas, clavos, carbón. Todo esto para ayudar a la familia del difunto...<sup>52</sup>.

La solidaridad auna los sentimientos:

Los vecinos sepultaron al difunto... y hasta en los espíritus más silvestres se hizo un hueco para la piedad. Los unos ejercían sobre los otros una vigilancia cariñosa...<sup>53</sup>.

Por otro lado, la reciprocidad es vehículo vital de su subsistencia dada la escasa generación de excedente:

<sup>51</sup> Luis Durand. *op. cit.*, 1949, pp. 114 y 267.

<sup>52</sup> *Cuaderno de la Historia de Huillinco...*, ya citado, pp. 157 y 160.

<sup>53</sup> González Vera. *op. cit.*, 1928, pp. 39-40.



Se hacían en las casas los medanes, como decían o decía un curita «me dan o te doy»... La persona que le hacía falta alguna cosa hacía los medanes, para conseguirlo, a cambio daban comidas...<sup>54</sup>.

Se le asigna, entonces, un valor más bien subjetivo, el carácter de una obligación casi mecánica e inconsciente que participa del circuito del regalo, del dar-recibir y del devolver. Así, la institucionalización precaria de la moneda aún no logra romper con los vínculos personales, especialmente cuando

los trabajos se hacían en ayuda mutua, se construían las casas, las siembras, todo. Todos se ayudaban, nadie pagaba un cinco por los trabajos<sup>55</sup>.

Los lazos que los unen siguen siendo fruto del mero consentimiento de las personas y no de un deber impuesto. Lo curioso es que se expresan mediante un «juego» en el cual se da por entendido aquello que no se dice:

Venían a traer la primera dádiva al nuevo patrón... esperaban el «retorno», o sea, en buenas cuentas el pago de lo que habían traído de regalo... - No, patroncito, no si amoleste, si éste era un presente que nosotros le tréidamos... - Recibámoselo, viejo, no vaiga a ser cosa que le parezca mal al rico, sirve pa tabaquito...<sup>56</sup>.

En consecuencia, aunque el campesino haya incorporado algunos elementos de la ciudad, como el espíritu comercial, el dinero y ciertas normas de control formal, persiste en él la solidaridad de la moral tradicional en que las relaciones de parentesco (y de parentesco ficticio) y los fines de su existencia son todavía importantes. Lo que sucede es que la solidaridad orgánica incipiente no logra abatir a aquella que nace de una combinación de relaciones no reglamentadas.

Por otra parte, la complementariedad económica ha ido desapareciendo por la creación de un mercado que prescinde de la división natural del trabajo. Sin embargo, el intercambio también se manifiesta bajo valores que no miden equivalencias sino intereses o necesidades. En la frontera sureña

<sup>54</sup> *Cuaderno de la Historia...*, ya citado, pp. 94 y 147. La minga representa lo mismo, es decir, «trabajo realizado con la ayuda de los vecinos» (p. 282), el que en su oportunidad será retribuido. Algunos ejemplos de los diversos tipos de ésta veáanse en pp. 95 y 229.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 200. Otra alusión expresa que el carbón no se vendía sino que se le regalaba a los amigos o vecinos que no tenían, p. 243.

<sup>56</sup> Luis Durand. *op. cit.*, 1945, pp. 67-69.

todo se resolvía en «conchavos». Conchaviando, conchaviando, como ellos decían, trocando sus animales, sus productos y su tierra, por aguardiente y ríos de vino...<sup>57</sup>.

Este hecho es claro en situaciones de contacto cultural:

Rubilar se da cuenta que ha habido vendimia reciente de muday. El cacique le ofrece el fermento en una calabaza y el falte lo bebe sin chistar. Ahora se siente dadivoso. Abre su caja, y entre sus dedos pasan los peines relucientes, los espejitos de marco de latón, los aretes tentadores, los collares de pedrezuelas celestes, las cajas de polvo...<sup>58</sup>.

Ciertamente, estamos frente a sociedades campesinas que no son islas culturales sino que están «enquistadas» en un mundo urbano al cual se adaptan y del cual adoptan algunas conductas. No se han transformado íntegramente, de ahí que por medio de ajustes conserven su propio estilo tradicional de vida y sigan subordinando, en lo esencial, el orden técnico al moral.

## 8. El Parentesco

Dentro de las sociedades simples como las que hemos visto, los lazos de parentesco son fuertes y en gran parte mantienen la cohesión del grupo. La gente del campo consagra una proporción relevante de su actividad a resolver problemas de alimentación y subsistencia, utilizando para ello la mano de obra familiar. En el sur

los segadores con el torso desnudo envolvían con rápido movimiento un ancho haz de espigas que la hechona rabanaba. Mujeres y chiquillos llevando en el brazo un rollo de hebras de cáñamo iban haciendo las gavillas...<sup>59</sup>.

En general se trata de familias extensas cuyos miembros ejercen las tareas laborales cotidianas en conjunto, no sólo como trabajo colectivo sino que, además, concebido como un esfuerzo común frente a un fin que concierne a todos:

<sup>57</sup> Luis Durand. *op. cit.*, 1949, p. 66.

<sup>58</sup> Mariano Latorre. *op. cit.*, 1958, p. 49.

<sup>59</sup> Luis Durand. *op. cit.*, 1949, p. 259.

Está cercando el trigal en la forma primitiva que se emplea aún en esta tierra... para librar la sementera naciente de la voracidad de vacunos y chanchos en la próxima primavera. Lo ayudan en esta faena su hermano menor y su hijo Eduardo...<sup>60</sup>.

Es un destino que se define casi con el nacimiento:

Los hijos aprendían de sus padres, los llevaban de compañeros, éstos debían trabajar ayudando para aprender...<sup>61</sup>.

Evidentemente que el trabajo en familia ha permitido el ahorro de energías individuales, la generación de algún excedente, mayor disponibilidad de tiempo para dedicarlo a otras actividades, cooperación, solidaridad, organización de grupo, etc. Además, existe otro factor relevante y es que hay también una cuestión de mentalidad, de continuidad cultural. Los comportamientos son compartidos y aprendidos, es la usanza que hereda una forma de enfrentarse al mundo exterior desde la primera edad. Así,

el niño es un peón más pequeño. Ni en sus costumbres hay diferencia. Hijo el uno; padre el otro. He aquí su contraste mayor...<sup>62</sup>.

Posteriormente, sucedía que

aunque no era forzoso conducirse de tal cual manera, nadie se desviaba una pulgada de la ruta abierta por los ya sepultados. Se heredaban y traspasaban los oficios sin más caudal que el recibido. Y los hábitos también. Las familias pobres mantenían su situación con extraña fidelidad. Sin que fuese menester testarlo, sus continuadores habitaban la misma casa ruinosa, vestían iguales harapos y sufrían parecidas vicisitudes...<sup>63</sup>.

Unidos el gran valor depositado en el trabajo de la tierra y el vigor de la unidad familiar, se logra acceder a instrumentos eficaces para el goce de una cierta seguridad colectiva.

<sup>60</sup> Mariano Latorre. *op. cit.*, 1958, pp. 89-90.

<sup>61</sup> *Cuadernos de la Historia de Huillinco...*, ya citado, p. 28.

<sup>62</sup> Mariano Latorre. *op. cit.*, 1958, p. 20.

<sup>63</sup> González Vera. *op. cit.*, 1928, p. 17.

## 9. El Cambio

No debe creerse, sin embargo, que estas comunidades, según los elementos esbozados con antelación, permanecen estáticas, inmóviles en una suerte de «flash fotográfico». Por el contrario, son sociedades que aunque tradicionales, fluyen inmersas en una corriente de cambios donde las fuerzas luchan entre sí afanosamente. En efecto, en todas las direcciones penetra el poder de la transformación y solamente varía en su ritmo de acuerdo a las circunstancias:

El progreso llegó, también, al pueblo... Ni entre gritos y bromas regaban las calles los dependientes con sus palas improvisadas, porque el asfalto fue la sepultura del polvo estival, y los camiones y automóviles sucedieron a los cupés y a las carreras...<sup>64</sup>.

La aceptación al cambio se ve impulsado a menudo por los centros de autoridad básicos como son, por ejemplo, los que residen en la familia:

La abuelita... rechazó abiertamente el sistema usado por las parteras de la zona imponiendo una manera higiénica y sin maltratos físicos a las pacientes...<sup>65</sup>.

O por individuos que influyen decididamente en la forma de conducirse de los demás:

El anciano cacique Meliñanca fue su aliado más leal, pero sin la astuta colaboración de Pichihuinca sus esfuerzos habrían sido inútiles. A Pichihuinca se le ocurrió hacer el rehue de granito, piedra errática en medio de un descampado, un altar católico...<sup>66</sup>.

En realidad, lo que primero figura en el proceso de alteración cultural, es el plano de las ideologías religiosas de un pueblo. Esto es fácil de comprender si entendemos que han sido los misioneros los primeros en acceder a las culturas autóctonas. En el caso de las sociedades simples amestizadas, los evangelizadores han derivado su interés en orden a depurar las creencias cristianas de las prácticas paganas consuetudinarias.

<sup>64</sup> Mariano Latorre. *op. cit.*, 1944, p. 18. Puede verse un ejemplo parecido, relativo al impacto que provocaron la construcción de caminos y los nuevos medios de transporte, en Cuadernos de la Historia de Huillinco..., ya citado, pp. 24-26 y 257-264.

<sup>65</sup> *Cuaderno de la Historia de Huillinco...*, ya citado, p. 46.

<sup>66</sup> Mariano Latorre. *op. cit.*, 1958, p. 217.

Por otra parte, el cambio es asimismo fuente de tensiones y conflictos en tanto remueve el equilibrio aparente. Sobretudo porque las sociedades en marcha de transición, se encuentran en un punto medio que escinde a unos y otros en favor de tal o cual posición:

Mi madre... arrendó parte del caserón. Esa determinación nos hizo notables por buen tiempo. Era para los demás, una prueba de audacia y casi un desafío al destino...<sup>67</sup>.

El cambio es fuente de una nueva mentalidad. Anteriormente vimos cómo un hecho tan simple como la pavimentación, llega a determinar la transformación de las relaciones cotidianas: deja de existir la reunión y el jolgorio en torno a la barriada, ha arribado el ruido impersonal de los motores y los caminos que sepultan la tierra fértil. Este es el punto más importante que resta aún por develar en profundidad acerca de nuestras comunidades campesinas, sus percepciones y respuestas frente a lo nuevo.

## CONCLUSIONES

De todo lo ya dicho, se desprende que a principios del siglo XX nuestro país todavía contenía espacios caracterizados por lo elementos propios de las sociedades no urbanas.

Ciertamente, no conformaban el tipo de la sociedad folk ideal, casi estática, lineal, sino que se acercaban más a una cultura heterogénea<sup>68</sup> en la que han tenido lugar alteraciones de diverso tipo. Lo importante es que ello ha acontecido no a modo de desorganización estructural sino que como una nueva forma de organización o reorganización.

Sin embargo, como ya hemos apuntado, la reorganización cultural ha implicado una transformación principalmente de las mentalidades y formas de vida, una «ruptura» sicológica de múltiples efectos sobre estas sociedades simples<sup>69</sup>. Una consecuencia que se debe tener en cuenta es la angustia la-

<sup>67</sup> González Vera. *op. cit.*, 1928, p. 45.

<sup>68</sup> Véase Oscar Lewis, *Tepoztlán*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1968, pp. 9-30, donde el autor discute la clasificación folk-urbana de Robert Redfield en compartimentos separados. A cambio, prefiere hablar de sociedades heterogéneas para el estudio del cambio cultural.

<sup>69</sup> A modo general, podrían tomarse como ejemplo algunos efectos que se desprenden del cambio en las comunidades campesinas andinas durante los siglos XVII y XVIII, en Alberto Flores Galindo (editor), *Comunidades Campesinas*, Centro de Estudios Sociales Solidaridad, Perú, 1988.

tente que suele traslucir la gente de campo, fruto de una especie de descolocación respecto de situaciones que no alcanzan a comprender y asimilar íntegramente. Viven, así, una crisis profunda y silenciosa que tiende a modificar su sensibilidad: lo que antes les parecía usual y acostumbrado de hacer o simplemente de no hacer, ahora lo enfrentan al cuestionamiento y la duda, a un proceso de lento desajuste que solamente logran resolver parcialmente. De algún modo se destruye el imaginario colectivo, aunque al mismo tiempo se construye uno renovado. Así es como en la historia de las mentalidades se confunde la historia de las resistencias o inercias, con aquella plena de mutaciones creativas emergentes. Y es esto lo que hace que las comunidades campesinas reflejen un entrecruzamiento de tiempos largos y coyunturas. Los signos y símbolos de la respuesta social cotidiana rural son decisivos en este sentido.

Destacamos, en consecuencia, el hecho de que los complejos culturales son, esencialmente, complejos mentales acumulativos, como lo representan singularmente las sociedades tradicionales con sus perduraciones en situaciones de contacto.